



Domíngo III Cuaresma

Todo creyente corre el peligro de no buscar en Dios la respuesta a los anhelos más íntimos del corazón, sino de utilizar más bien a Dios como si estuviera al servicio de nuestros deseos y proyectos. Por ello, es siempre vivo y actual el mensaje que la Palabra de Dios nos transmite hoy a través del símbolo del agua, que encontramos en la primera lectura y en el pasaje evangélico de la samaritana: Dios tiene sed de nuestra fe y quiere que encontremos en él la fuente de nuestra auténtica felicidad.

En la primera lectura vemos al pueblo hebreo que sufre en el desierto por falta de agua y, presa del desaliento como en otras circunstancias, se lamenta y reacciona de modo violento. Llega a rebelarse contra Moisés; llega casi a rebelarse contra Dios. El autor sagrado narra que *“habían tentado al Señor diciendo: “¿Está o no está el Señor en medio de nosotros?””* (Ex 17, 7). En la prueba, el pueblo olvida el significado del camino hacia la libertad, que ha emprendido de la mano de Moisés; pierde la confianza en Dios y le exige que satisfaga de inmediato sus necesidades. Esto mismo sucede también a menudo en la vida de los creyentes. ¡En cuántas circunstancias, más que conformarnos dócilmente a la voluntad divina, quisiéramos que Dios realizara nuestros designios y colmara todas nuestras expectativas! ¡En cuántas ocasiones nuestra fe se muestra frágil, nuestra confianza débil y nuestra religiosidad contaminada por intereses meramente terrenos!

En este tiempo cuaresmal de conversión, pedimos la gracia de acoger con humilde docilidad la recomendación del salmo responsorial: *“Ojalá escuchéis hoy su voz: “No endurezcáis el corazón como en Meribá, como el día de Masá en el desierto, cuando vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron, aunque habían visto mis obras””* (Sal 94, 7-9).

El Evangelio nos invita a profundizar en el significado del encuentro entre Jesús y la samaritana y en el rico simbolismo del agua de la vida, que se revela junto al pozo de Jacob, en Sicar.

Jesús tiene que ir de Judea a Galilea, y podría hacerlo subiendo por el valle del Jordán. Pero el evangelista escribe que *“era necesario que él pasara a través de Samaría”* (Jn 4,4). Se trata de una necesidad no sólo geográfica, sino además divina: Jesús actúa obedeciendo al Padre que lo ha enviado, porque su misión de salvación no se reduce a Israel, sino que está destinada a todos los hombres (cf. Jn 12, 47). Decide, por ello, encontrarse también con los samaritanos, “herejes” y cismáticos, que hacía siglos que se habían separado de los judíos por motivos religiosos y habían llegado incluso a renegar del templo de Jerusalén y construir otro en el monte Garizim. Jesús derriba también esta barrera y, como consecuencia, será acusado e insultado por quienes



no comprenden su comportamiento: “¿No decimos bien nosotros que eres samaritano y que tienes un demonio?” (Jn 8, 48), o sea, “te has pasado al enemigo”.

Jesús llega a Samaría a la hora más calurosa del día y se sienta junto al pozo de Sicar, el pozo de Jacob (Gn 33, 18-20): está cansado y sediento, pero no tiene con qué sacar agua. Entonces llega una mujer que, debido a su comportamiento inmoral reconocido públicamente, se ve obligada a salir a estas horas para no encontrarse con aquellos que la desprecian. Jesús se hace mendigo ante ella pidiéndole hospitalidad, dirigiéndole una petición que revela toda su altura moral y su capacidad de hacer crecer a la mujer: “*Dame de beber*”, comparte el agua conmigo... La mujer, sorprendida ante esta humillación, contesta: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?”.

Se abre entonces un diálogo en el que los dos interlocutores se van revelando paulatinamente: “*Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva*”, afirma Jesús; él sabe que hay una sed más profunda que la de simple agua, y que el pozo construido por el gran patriarca de Israel para garantizar el agua a su familia, es un símbolo del agua viva que Dios da a la humanidad, es decir, simboliza la Torá, la enseñanza de Moisés; y Jesús va a convertirlo en figura de sí mismo, fuente del agua que salta hasta la vida eterna.

Jesús sabe también que esta mujer, figura de la Samaría adúltera (cf. Os 2, 7), ha intentado saciar su sed por caminos equivocados: ha tenido varios maridos, ha bebido todo tipo de aguas... Y así Jesús le descubre su condición, aunque sin reproche ni condena, sino invitándola a volver al Dios vivo (cf. Os 2, 18). La mujer acepta entrar en el juego y recibe a cambio una promesa inaudita: “*El que bebe de esta agua*”, lo mismo que quienes beben de la enseñanza de Moisés, “*vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna*”. En efecto, saciarse con el agua que da Jesús significa descubrir en sí mismo una fuente inagotable, porque esa agua es el Espíritu Santo derramado por Jesús en nuestros corazones (cf. Jn 7, 37.39; 19, 30.34). El agua viva se ha convertido en un símbolo del Espíritu.

En este momento la petición que Jesús había hecho a la mujer se transforma en petición que la mujer hace a Jesús: “*Señor, dame esa agua*”. Pero ella debe dar todavía un paso más, debe admitir que es incapaz de comunión de amor, que ha conocido muchos dueños pero ningún esposo. Además, descubriéndose a sí misma gracias a la narración que hace de ella el propio Jesús, descubre que éste es un profeta y le pregunta dónde se puede adorar al Dios vivo, si en Jerusalén o en el Garizim, el monte de Samaria. Entonces resuena el gran anuncio: “*Créeme, mujer, ... se acerca la hora, ya está aquí, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad*”, es decir, en el Espíritu Santo y en Jesucristo, que es la verdad. El lugar de culto ya no es un templo de piedras, sino nuestra misma persona, cuerpo de Cristo (cf. 2 Cor 13, 5) y templo del Espíritu (cf. 1 Cor 6, 19).



Sintiéndose acogida, la mujer confiesa entonces su propia sed profunda, la del Mesías, y escucha la respuesta de Jesús: *“Soy yo, el que habla contigo”*. El encuentro con Jesús la transforma en una criatura nueva y la capacita para ser testigo y evangelizadora: corre a la ciudad para anunciar a todos que ha encontrado al Mesías.

En el diálogo entre Jesús y la samaritana vemos delineado el itinerario espiritual que cada uno de nosotros y cada comunidad cristiana estamos llamados a recorrer en este tiempo cuaresmal, especialmente los catecúmenos próximos al bautismo, que realizan en el tercer domingo de Cuaresma el primer escrutinio, rito de purificación y de gracia. Así, la samaritana se transforma en figura del catecúmeno iluminado y convertido por la fe, que desea el agua viva y es purificado por la palabra y la acción del Señor.

Podemos profundizar más en el simbolismo del agua viva si situamos el diálogo de Jesús y la Samaritana en relación con la manifestación de Jesús en la fiesta de las Tiendas, que nos relata el Evangelio de Juan. *“El último día, el más solemne de la fiesta, Jesús en pie gritó: “El que tenga sed, que venga a mí y beba el que cree en mí; como dice la Escritura: “De sus entrañas manarán ríos de agua viva”...Dijo esto refiriéndose al Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él”* (Jn 7, 37-39).

En el rito de los siete días de la fiesta se tomaba agua de la fuente de Siloé para llevar una ofrenda de agua al templo. El séptimo día los sacerdotes daban siete vueltas en torno al altar con la vasija de oro antes de derramar el agua sobre él. Estos ritos del agua son una evocación histórico-salvífica del agua que Dios hizo brotar de la roca para los judíos durante su travesía del desierto (cf. Nm 20, 1-13). El agua que brota de la roca, en fin, se fue transformando cada vez más en uno de los temas que formaban parte del contenido de la esperanza mesiánica: Moisés había dado a Israel, durante la travesía del desierto, pan del cielo y agua de la roca.

Con sus palabras el último día de la fiesta de las Tiendas, en el contexto del referido rito del agua, Jesús responde a esa esperanza mesiánica: Él es el nuevo Moisés. Él mismo es la roca que da la vida. Aquí se presenta Jesús como ante la Samaritana, como el agua viva a la que tiende la sed más profunda del hombre, la sed de *“vida... en abundancia”* (Jn 10, 10). Y en esta línea mesiánica ha hecho Pablo confluir en Cristo el significado de símbolos de gran relevancia en la historia de la salvación, al afirmar: *“Todos comieron el mismo alimento espiritual; y todos bebieron la misma bebida espiritual, pues bebieron de la roca espiritual que los seguía; y la roca era Cristo”* (1 Co 10, 3-5).

¿Cómo se bebe esta agua de vida? ¿Cómo se llega hasta la fuente y se toma el agua? ¿De qué entrañas manarán los ríos de agua viva? Jesús responde: *“El que cree en mí...”*. El hombre que cree en Jesús y recibe su Espíritu se hace uno con él, participa de la fuente de agua viva y se convierte él mismo en un manantial, en un oasis del que



Carlos López Hernández

brotan, como agua fresca y cristalina, la vida del Espíritu. Esto se puede ver en la historia de la Iglesia: los santos son como oasis en torno a los cuales surge la vida y vuelve algo del paraíso perdido. A través de ellos, es Cristo mismo la fuente que da la vida en abundancia. Que el Señor nos conceda a nosotros también ser manantiales en los que puedan beber el agua y el Espíritu de Cristo todos los que han sido encomendados a nuestro cuidado pastoral.